

de los jabeques la *Revanche* y la *Fortuna*. Diéronse al punto á la vela para que antes de amanecer no estuviesen á la vista de los cruceros ingleses, mas por desgracia sobrevino calma; empezaron á temblar de que los sorprendiesen y aun quisieron volver á Alejandría; mas Bonaparte se opuso á semejante intento: «Estad tranquilos, les dijo, que ya pasaremos.» Contaba, como César, con la fortuna.

No era aquella una cobarde deserción, como algunos han querido decir, supuesto que dejaba á un ejército vencedor para arrostrar peligros de toda especie, y el más horrible de todos el de gemir prisioneros en Londres; antes bien puede reputarse como una temeridad de aquellas con que intentan los ambiciosos escalar el cielo, debiendo á ellas el arrojado que unas veces les encumbra, precipitándolos otras.

Mientras quedaba confiado tan gran porvenir al capricho de los vientos ó á las eventualidades de un combate, la victoria favorecía de nuevo nuestras banderas en Europa, y la república, haciendo un sublime esfuerzo, librábase de los peligros á que acabamos de verla expuesta. Massena continuaba en la línea del Limmat, retardando el momento de tomar la ofensiva. Habíase dispersado por el Apenino el ejército de Italia al perder la batalla de Novi; mas felizmente Suwarow no se aprovechaba mejor de la victoria de Novi que de la del Trebbia, perdiendo en el Piamonte el tiempo que empleaba Francia en hacer preparativos. Al mismo tiempo el consejo áulico, tan inconstante en sus proyectos como el Directorio, ideó uno que no podía menos de cambiar el aspecto de los sucesos. Estaba celoso de la autoridad que Suwarow había querido ejercer en Italia, observando con sentimiento que este general había escrito al rey de Cerdeña para reintegrarle en sus Estados. El consejo áulico tenía ciertas miras acerca del Piamonte, y trataba de separar de allí al anciano mariscal. Además no estaban muy acordes los rusos y los austriacos; y todas estas causas decidieron al consejo áulico á variar totalmente la distribución de las tropas en la línea de operaciones. Los rusos estaban mezclados con los austriacos en ambos teatros de la guerra. Korsakow operaba en Suiza con el archiduque Carlos, y Suwarow con Melas en Italia; mas el consejo áulico resolvió trasladar al archiduque al Rhin y á Suwarow á Suiza, quedando así reunidos los dos ejércitos rusos. Los austriacos debían quedar solos en el Rhin, así como en Italia, en donde á la mayor brevedad les reforzaría otro ejército destinado á cubrir el vacío que Suwarow dejaba. Los motivos que dió el consejo áulico para hacer este cambio, fué la necesidad de que combatesen juntas las tropas de cada nación, que los rusos hallarían en Suiza una temperatura más acomodada á su clima, y que el movimiento del archiduque Carlos en el Rhin auxiliaría á la expedición de Holanda. Inglaterra no podía dejar de aprobar este plan que le daban muchas esperanzas para la expedición de Holanda con la presencia del archiduque Carlos en el Rhin, no disgustándola tampoco que los rusos, introducidos ya en Corfú y con el proyecto de apoderarse de Malta, se hallaran distantes de Génova.

Esta traslación era excesivamente peligrosa á la vista de Massena, mucho más cuando por ella se trasladaba á los rusos á un punto que de ningún modo les convenía, porque aquellos soldados, acostumbrados á acometer

en llano y á la bayoneta, no sabían disparar un tiro, y lo que más se necesita en las montañas es tener hábiles tiradores. El consejo áulico, que según la máxima de los gabinetes, antepone las razones políticas á las militares, prohibió á los generales hacer objeción alguna, mandando ejecutar rigurosamente su plan para fines de agosto (mediados de fructidor).

Ya hemos descrito la configuración del teatro de la guerra y la distribución que tenían en él los ejércitos (1). Las aguas que descienden de los grandes Alpes, corriendo unas veces en forma de ríos y estancándose otras en la de lagos, presentan diversas líneas enlazadas unas con otras, empezando en la derecha al pie de una larga cordillera de montañas, y yendo á terminar en la izquierda en el gran río que separa Alemania de Francia. Los dos principales eran la del Rhin y la del Limmat. Massena, obligado á abandonar la primera, retiróse á la segunda y aun algo más atrás de ésta, apoyándose en el Albis. La línea del Limmat separaba los dos ejércitos y se componía del Linth, que nace junto á los grandes Alpes, en el cantón de Glaris, entrando después en el lago de Zurich; y de este lago y del Limmat, que sale de él en el mismo Zurich, yendo por fin á desaguar en el Aar cerca de Bruck. El archiduque Carlos se hallaba detrás del Limmat, desde Bruck á Zurich, y Korsakow estaba situado á espaldas del lago de Zurich, mientras se le designaba posición. El Linth era defendido por Hotze.

El archiduque, destinado al Rhin, debía ser reemplazado detrás del Limmat por Korsakow con arreglo al plan que habían acordado. Hotze debía permanecer en el Linth con el cuerpo austriaco de Voralberg, para darse la mano con Suwarow, que llegaba de Italia. La cuestión se reducía á saber qué camino se haría tomar á Suwarow, porque teniendo que atravesar los montes, podía seguir cualquiera de las líneas que cortan á Suiza. Si prefería entrar por el valle del Rhin, atravesando el Splügen, podía pasar por Coira al Rhin superior y unirse allí con Hotze. Habíase calculado que podría llegar hacia el 25 de septiembre (3 vendimiario, año VIII), y este movimiento tenía la ventaja de efectuarse lejos de los franceses y fuera de su alcance, lo cual era más seguro. Suwarow podía también tomar otro camino, y en vez de seguir la línea del Rhin, entrar por el San Gotardo en el valle del Reuss, y desembocar por Schwitz detrás de la línea del Linth, ocupada por los franceses. Esta marcha tenía la ventaja de conducirse á espaldas de la línea enemiga; pero tenía que pasar por el San Gotardo, ocupado por Lecourbe, debiendo preparar un movimiento de Hotze al otro lado del Linth, para que diese la mano al ejército que salía por el San Gotardo. Era preciso, para proteger este movimiento, un ataque sobre el Limmat; en una palabra, era necesaria una operación general en toda la línea y una oportunidad y precisión difíciles de lograr cuando se opera á tan grandes distancias y con tan numerosos destacamentos. Este plan, de que los rusos echan la culpa á los austriacos,

(1) Por más que procure explicarme con claridad, no creo que se comprendan los siguientes acontecimientos si el lector no tiene á la vista algún mapa, aunque sea incompleto, porque son tan interesantes estos sucesos y decidieron de tal suerte la salvación de Francia, que me parece debe reflexionarse sobre ellos; por lo que aconsejo al lector que consulte el mapa de Suiza, que por malo que sea, bastará al menos para enterarse en globo de las operaciones.

y éstos á aquéllos, fué precisamente el que obtuvo la preferencia, por cuya razón se prescribió un ataque general en toda la línea para fines de septiembre. En el momento de salir Suwarow por el San Gotardo al valle del Reuss, Korsakow debía atacar por debajo del lago de Zurich, esto es, á lo largo del Linth. Linken y Jellachich, segundos de Hotze, debían penetrar en el cantón de Glaris hasta Schwitz y dar la mano á Suwarow. Una vez efectuada esta reunión general, ascenderían las tropas incorporadas en Suiza á ochenta mil hombres; pues Suwarow llegaba con diez y ocho mil, Hotze tenía veinticinco mil, y treinta mil Korsakow. Este último tenía además de reserva el cuerpo de Condé y algunos miles de bávaros; pero mientras se efectuaba esta incorporación, se hallaban expuestos á todo el ímpetu de Massena los treinta mil hombres de Korsakow y los veinticinco mil de Hotze.

En efecto, aquel intervalo en que el archiduque Carlos abandonase el Limmat y en que Suwarow no hubiese pasado los Alpes, era muy favorable para que dejara de aprovecharlo Massena, saliendo por fin de la inacción que tanto se le había censurado. Su ejército había ascendido á unos setenta y cinco mil hombres por los refuerzos que recibió, pero debía cubrir desde el San Gotardo á Basilea, que era una línea inmensa. Lecourbe, que formaba su derecha, teniendo á sus órdenes á Gudín y Molitor, guardaba el San Gotardo, el valle del Reuss y el alto Linth, con doce ó trece mil hombres. Soult ocupaba con diez mil el Linth hasta su embocadura en el lago de Zurich, y Massena, con las divisiones de Mortier, Klein, Lorges y Mesnard, que componían un total de treinta y siete mil hombres, se hallaba delante del Limmat, desde Zurich á Bruck. La división de Thureau con nueve mil hombres y la de Chabrá de ocho mil, guardaban la una el Valais y la otra los alrededores de Basilea.

Aunque Massena era inferior en fuerzas, tenía la ventaja de poder reunir su masa principal en el punto más importante, de modo que tenía delante del Limmat treinta y siete mil hombres con que acometer á Korsakow. Acababa éste de desprenderse de cuatro mil hombres enviados á Hotze de refuerzo por la espalda del lago de Zurich, con lo que quedaba reducido á veintiséis mil. El cuerpo de Condé y los bávaros, que debían servirle de reserva, se hallaban aún á mucha distancia en Schaffhouse. Massena podía, por lo tanto, embestir con treinta y siete mil hombres á veintiséis mil, y una vez derrotado Korsakow, podía dirigirse contra Hotze, y después de haberlos batido ó destruido tal vez á ambos, destrozó á Suwarow, que llegaba á Suiza con la esperanza de encontrar un enemigo vencido ó reducido al menos á su línea.

Massena, prevenido de los proyectos del enemigo, anticipó un día el ataque general, fijándole para el 3 vendimiario (25 septiembre 1799). Desde que se retiró al Albis á pocas leguas detrás del Limmat, pertenecía al enemigo el cauce de este río, siendo preciso privarle de él por medio de un paso, lo cual se propuso efectuar con sus treinta y siete mil hombres. Al mismo tiempo que iba á maniobrar por más abajo del lago de Zurich, encargó á Soult que hiciese la misma operación por la parte superior, atravesando el Linth en el mismo día. Los militares han hecho un cargo á Massena, di-

ciendo que debía más bien atraerse á Suwarow á Suiza que apartarle de ella, y que si en vez de dejar á Lecourbe batirse infructuosamente en el San Gotardo contra Suwarow, le hubiese incorporado Massena á Soult, hubiera tenido más seguridad de derrotar á Hotze y atravesar el Linth. Por lo demás, como el resultado que se obtuvo fué tal cual podía desearse, se ha hecho esta objeción á Massena sólo por la rigurosa conservación de los principios científicos.

El Limmat sale del lago de Zurich en el mismo Zurich, dividiendo la ciudad en dos partes. Según el plan acordado entre Hotze y Suwarow, Korsakow se preparaba á atacar á Massena, para lo cual había llamado la masa de sus fuerzas á la parte de Zurich situada delante del Limmat, dejando sólo tres batallones en Closter-Fahr para guardar el punto por donde es más accesible el río. Mandó á Durasoff con una división cerca de la embocadura del Limmat en el Aar para vigilar aquella parte; pero su ejército, que constaba de diez y ocho mil hombres, se hallaba delante del río en actitud ofensiva.

Massena, teniendo presente estas circunstancias, formó su plan y resolvió cubrir, más bien que atacar, el punto de Zurich donde Korsakow había agolpado sus fuerzas, intentando después con gran parte de sus tropas pasar el Limmat por Closter-Fahr, punto débilmente defendido. Efectuado el paso, quería que la misma división subiese el Limmat por la orilla opuesta y fuese á situarse á espaldas de Zurich, proponiéndose entonces atacar á Korsakow en ambas orillas, y tenerle encerrado en el mismo Zurich. Esta disposición podía dar inmensos resultados.

Mortier fué enviado á Zurich con su división, que constaba de ocho mil hombres, y ocupaba la derecha del campo de batalla para contener primero y acometer después al ejército ruso. Klein, con su división de diez mil hombres, debía situarse en Altstetten, entre el punto de Zurich y el de Closter-Fahr, por donde iba á intentarse el paso; pudiendo también pasar por delante de Zurich y auxiliar á Mortier contra las fuerzas rusas ó acudir al punto del paso, si fuese necesario. Esta división se componía de cuatro mil granaderos y una reserva de excelente caballería. El paso de Closter-Fahr debía efectuarle la división de Lorges con parte de la de Mesnard, componiendo esta fuerza unos quince mil hombres. El resto de la división de Mesnard debía hacer demostraciones en el bajo Limmat para engañar y contener á Durasoff.

Estas disposiciones, que tanto han admirado á los críticos, se pusieron en ejecución el 3 vendimiario, año VIII (25 septiembre de 1799), á las cinco de la madrugada, después de aprontados todos los preparativos para el paso, cerca del pueblo de Dietikon, con extraordinario cuidado y sigilo. Se trasladaron algunas barcas á brazos, ocultándolas en los bosques, y hallábanse desde la madrugada en el agua con las tropas formadas silenciosamente en la orilla. El general Foy, célebre después como orador, y que mandaba la artillería en aquella inmortal batalla, dispuso varias baterías para proteger el paso. Seiscientos hombres se embarcaron audazmente, y llegaron á la otra orilla, precipitándose inmediatamente sobre los tiradores enemigos y dispersándolos. Korsakow había situado en la llanura de

Closter-Fahr tres batallones con artillería; pero la nuestra, más magistralmente dirigida, apagó en breve los fuegos de la rusa y siguió protegiendo el paso de nuestra vanguardia. Luego que el general Gazán reunió á los seiscientos hombres que pasaron un refuerzo suficiente, se dirigió contra los tres batallones rusos que aguardaban á Kloster-Fahr, los cuales se habían emboscado y se defendían valerosamente; pero Gazán los envolvió, viéndose precisado á matarlos casi todos para que desalojasen el paso. Destruídos estos tres batallones y echado el puente, pasaron el Limmat el resto de la división de Lorges y parte de la de Mesnard, hallándose por lo tanto al otro lado del río quince mil hombres. La brigada de Bontemps se situó en Regensdorf para hacer frente á Durasoff, en caso de que pretendiera subir del bajo Limmat, y el grueso de las tropas, dirigido por el jefe de estado mayor Oudinot, subió por la orilla del mismo río para colocarse á la espalda de Zurich.

Ejecutada esta operación, Massena se dirigió personalmente á la otra parte del Limmat, para observar el movimiento de sus alas. Mesnard había engañado en el bajo Limmat tan completamente á Durasoff, que éste pasó á la orilla donde era mayor el fuego. Mortier se adelantó por la derecha y por Wolliskoffen sobre Zurich, pero se halló con la gente de Korsakow, apostada como se ha dicho delante del Limmat, y se vió precisado á replegarse. Massena, que llegaba al mismo tiempo, movió la división de Klein que estaba en Altstetten, y Humbert marchó contra Zurich al frente de sus cuatro mil granaderos y restableció el combate: Mortier renovó sus esfuerzos, logrando encerrar á los rusos en Zurich.

Entretanto, incomodado por el continuo cañoneo que sentía Korsakow á su espalda, envió algunos batallones al otro lado del Limmat, pero sirvieron de poco tan débiles auxilios. Oudinot continuaba, pues, subiendo el Limmat con sus quince mil hombres, tomó el pequeño campamento situado en Hong, así como las alturas que están á la espalda de Zurich, y se apoderó del camino real de Winterthur, que sale á Alemania, único por donde podían retirarse los rusos.

Estaba casi concluida la jornada y preparados para el siguiente día resultados inmensos, supuesto que los rusos se hallaban encerrados en Zurich; pues habiendo Massena situado para el paso de Kloster-Fahr quince mil hombres á la espalda y veintiocho mil al frente, era casi imposible que no les ocasionase un desastre. Se ha opinado que en vez de dejar delante de Zurich á la división de Klein, hubiera debido llevarla por Kloster-Fahr á espaldas de aquel punto para cerrar enteramente el camino de Winterthur, pero temía que quedándose Mortier con solos ocho mil hombres, le arrollase Korsakow y pasase al Linth. Verdad es que se hubiera encontrado con Soult y Lecourbe, pero también hubiera podido incorporarse con Suwarow procedente de Italia, no siendo fácil presumir lo que hubiera resultado de tan extraña combinación.

Korsakow, conociendo por fin la posición en que se hallaba, dirigió sus tropas á la otra parte de Zurich, detrás del Limmat. Cuando Durasoff tuvo noticia del paso del enemigo, evitó encontrar á la brigada de Bontemps, dió un rodeo y volvió á colocarse en el camino

de Winterthur. Al día siguiente, 4 vendimiario (26 septiembre), debía encarnizarse el combate, porque los rusos querían abrirse paso y los franceses adquirir inmensos trofeos. El combate empezó muy temprano, hallándose cercada de fuego la desgraciada ciudad de Zurich, llena de artillería, de equipajes, de heridos y acometida por todas partes. Por un lado del Limmat se habían aproximado á ella Mortier y Klein, y estaban próximos á entrar en ella; por la parte opuesta la estrechaba Oudinot por la espalda, y deseaba cerrar el camino á Korsakow. Varias veces éste se había tomado y perdido, el cual fué teatro de un sangriento combate hasta que Korsakow trató por fin de retirarse y colocó su infantería á la cabeza, su caballería en el centro, y á retaguardia la caballería y equipajes, marchando así en una larga columna. Su valiente infantería acomete con furia, destroza cuanto se le presenta delante y se abre paso; pero cuando ha pasado con parte de la caballería, vuelven los franceses á la carga, atacan lo restante de la caballería y bagajes, y les obligan á retroceder hasta las puertas de Zurich. Klein y Mortier entran en la ciudad al mismo tiempo, se baten en las calles, causando la muerte del ilustre y desgraciado Lavater, á quien un suizo embriagado puso el fusil al pecho para sacarle dinero, dejándole gravemente herido en un muslo, de cuyas resultas murió algunos meses después. Toda la tropa que había en Zurich tuvo que rendir las armas, quedando en poder de los franceses cien piezas de artillería, los bagajes, las oficinas, la tesorería del ejército y cinco mil prisioneros. Korsakow se quedó además en tan encarnizada lucha con ocho mil hombres fuera de combate, de suerte que perdió trece mil, ó lo que es lo mismo, la mitad de su ejército. Ni aun en las grandes batallas de Italia se han visto triunfos tan extraordinarios, no debiendo ser menores las consecuencias para la campaña sucesiva. Korsakow se apresuró á volver al Rhin con unos trece mil hombres á lo sumo.

Entretanto Soult, que estaba encargado de pasar el Linth por más arriba del lago de Zurich, lo ejecutaba con tan buen éxito como el general en jefe, pasando por entre Bilten y Richemburgo. Atravesaron el río á nado, con los fusiles en la cabeza, ciento cincuenta valientes que llegaron hasta la opuesta orilla, arrollaron á los tiradores y protegieron el desembarco de la vanguardia. Hotze, que acudió inmediatamente al sitio del peligro, quedó muerto de un balazo, bastando esto para introducir el desorden en las filas austriacas. En vano se propuso Petrasch, que reemplazó á Hotze, rechazar al Linth á las tropas que habían pasado, pues se vió obligado á replegarse, retirándose precipitadamente á Saint-Gall y el Rhin, dejando tres mil prisioneros y alguna artillería. Los generales Jellachich y Linken, encargados de salir por el alto Linth al cantón de Glaris para recibir á Suwarow en el desembocadero del San Gotardo, tuvieron que retirarse al saber todos estos desastres; viéndose de este modo sesenta mil hombres rechazados desde la línea del Limmat al otro lado de la del Rhin, después de sufrir innumerables pérdidas. Suwarow, que creía desembocar en Suiza por el flanco de un enemigo acometido por todas partes, y que confiaba completar su derrota con su presencia, iba, por el contrario, á hallarse con todos sus subalternos dispersados y á en-

rrarse en medio de un ejército en todas partes victorioso.

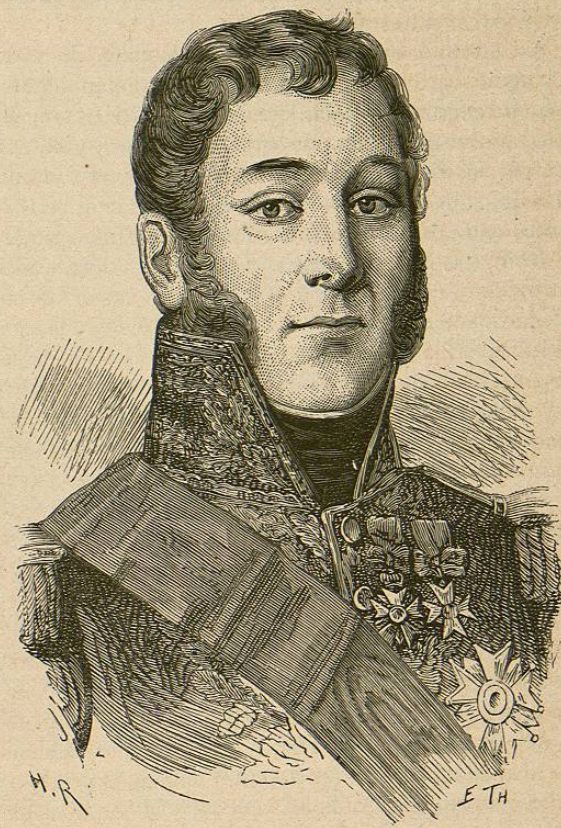
Suwarow salió de Italia con diez y ocho mil hombres y llegó al pie del San Gotardo el quinto día complementario del año VII (21 de septiembre), y se vió precisado á desmontar á sus cosacos para conducir á lomo la artillería, enviando á Rosenberg con seis mil hombres para flanquear el monte por Disentis y el Crispalt. El 1.º vendimiario (23 de septiembre) llegó á Airolo, en la entrada del desfiladero del San Gotardo; en encontró allí á Gudín con una brigada de la división de Lecourbe, y se batió con ella con la mayor obstinación; pero sus soldados, que eran malos tiradores, y sólo sabían avanzar y morir, caían en gran número á pedradas y balazos. Por fin, se decidió á inquietar á Gudín por los costados, obligándole así á ceder el desfiladero hasta el Hospital. La resistencia de Gudín dió tiempo á Lecourbe para recoger sus tropas; pero no teniendo á su disposición más que seis mil hombres, no podía oponer resistencia á Suwarow que llegaba con doce mil, ni á Rosenberg, que, trasladado ya á Urseren, tenía seis mil á su espalda. Arrojó su artillería al Reuss, ganó en seguida la opuesta orilla, trepando por rocas casi inaccesibles y se lanzó al valle. Transpuesto ya el Urseren, y no teniendo á Rosenberg á la espalda, rompió el puente del Diablo y mató innumerables rusos antes de que atravesasen el precipicio, descendiendo al cauce del Reuss y subiendo por la orilla opuesta. Así hizo Lecourbe una retirada paso á paso, aprovechando todos los obstáculos para fatigar y matar uno á uno á los soldados de Suwarow.

De este modo el ejército ruso llegó á Altorf, en el centro del valle del Reuss, rendido de fatiga, falto de víveres y sumamente debilitado por las pérdidas que había sufrido. El Reuss desemboca en Altorf, sobre el lago de Lucerna, y si Hotze, según el plan acordado, hubiera podido hacer llegar á Jellachich y Linken al otro lado del Linth hasta Schwitz, habría enviado lanchas para recibir á Suwarow en la embocadura del Reuss, pero con los sucesos ocurridos no halló ni una embarcación, viéndose encerrado en un espantoso valle. Era el día 4 vendimiario (26 de septiembre), día de la derrota general en toda la línea, y no le quedaba más recurso que arrojarse al Schachenthal y pasar por entre horribles montañas, donde no se descubría ni una sola senda para entrar en el valle de Muthenthal.

En efecto, emprendió su marcha al siguiente día, no pudiendo andar más que un hombre de frente por el sendero que seguían, de suerte que empleó dos días en hacer aquella travesía de pocas leguas. El primer hombre llegaba á Muten, cuando aún no había salido el último de Altorf, por cuya razón los precipicios estaban cubiertos de equipajes, caballos y soldados que agonizaban de hambre y de cansancio. Llegando al valle de Muthenthal, podía Suwarow salir por Schwitz, lejos del lago de Zurich, ó bien subir el valle y precipitarse por el Brágel, sobre el Linth; pero por la parte de Schwitz llegaba Massena con la división de Mortier, y por la parte de Brágel estaba Molitor ocupando el desfiladero de Kloenthal, junto á las orillas del Linth. Después de haber hecho descansar dos días á sus tropas, Suwarow se decidió á retroceder por el Brágel.

Púsose en marcha el 8 vendimiario (30 de septiem-

bre), atacándole Massena por la espalda, mientras por la otra parte del Brágel, Molitor le hacía frente en el desfiladero de Kloenthal. Rosenberg resistió denodadamente todos los ataques de Massena, pero Bagration hizo inútiles esfuerzos para reprimir á Molitor, pues aunque se abrió el paso de Glaris, no pudo efectuarlo por el Wesen. Suwarow, después de haber sostenido sangrientos y horrorosos combates, atajado por todas partes y rechazado á Glaris, no tenía más recurso que subir por el valle de Engi para introducirse en el del Rhin; pero todavía era más horrible este camino que el



Mortier

que había andado. No obstante, decidióse, y después de cuatro días de inauditos esfuerzos y padecimientos, llegó á Coira y al Rhin. Apenas pudo salvar diez mil hombres de sus diez y ocho mil; los Alpes estaban cubiertos con los cadáveres de sus soldados, y aquel bárbaro, que se reputaba por invencible, tenía que retirarse lleno de confusión y bramando de ira. En quince días sucumbieron más de veinte mil rusos y cinco ó seis mil austriacos; los ejércitos, dispuestos á acometerlos, habían perdido á Suiza quedando rechazados á Alemania, y la liga estaba disuelta, porque Suwarow, irritado contra los austriacos, no quería servir con ellos, de modo que podía decirse que Francia estaba salvada.

¡Honor y gloria eterna á Massena, que acababa de efectuar una de las más admirables operaciones que se mencionan en la historia de la guerra, y que nos salvó en circunstancias más críticas que las de Valmy y Fleurus! Admirables son las batallas grandiosas por su plan ó resultados políticos, pero más dignas de encomio son las que salvan de graves riesgos, porque si á unas se debe admiración, las otras exigen tributo de reconocimiento. Zurich es el más glorioso timbre de Massena, y en

ninguna corona militar se encuentra otro más brillante.

Mientras tan gloriosos sucesos ocurrían en Suiza, volvíamos á obtener victorias en Holanda, donde Brune, débilmente estrechado por el enemigo, tuvo tiempo de concentrar sus fuerzas, y después de haber batido á los anglo-rusos en Kastrikum, los encerró en Zip, reduciéndolos á capitular. Las condiciones eran evacuar á Holanda, restituir cuanto se había tomado en el Hélder, y dar libertad, sin canje alguno, á ocho mil prisioneros. Hubiera sido de desear la restitución de la escuadra holandesa; pero los ingleses se negaban á esto, y por otra parte se temía que de desechar la capitulación podían ocasionar muchos males al país.

Así terminó aquella memorable campaña de 1799. La república, que se precipitó demasiado en obrar y cometió el error de tomar la ofensiva, sin haber concentrado antes sus fuerzas, fué batida en Stokach y Magnano, perdiendo así en dos derrotas Alemania é Italia. Massena, que quedó solo en Suiza, formaba un temible raudal entre dos fuerzas vencedoras. Replegóse primero al Rhin, después al Limmat y por fin al Albis, donde

se hizo inexpugnable por espacio de cuatro meses. Entretanto fué derrotado en el Trebbia el ejército de Nápoles al querer incorporarse con el de la Italia alta; y cuando logró por fin reunirse con él por detrás del Apenino, y recobrase y verse reforzado, perdió en Novi á su general, siendo nuevamente destrozado, y quedando al fin sin Italia. Hasta el Apenino estaba invadido y el Var amenazado; pero nuestros contratiempos no pasaron adelante. La liga, trocando sus fuerzas, llevó al Rhin al archiduque Carlos y á Suwarow á Suiza; y aprovechando Massena esta ocasión, destruyó á Korsakow, privado del archiduque, y ahuyentó á Suwarow, que lo estaba de Korsakow, reparando así todas nuestras desgracias con una inmortal victoria. La campaña de Oriente había terminado con gloriosos triunfos; pero, preciso es decirlo, si todas estas heroicas hazañas sostuvieron la república, próxima á sucumbir, y la dieron algún esplendor, no por eso la devolvieron su antiguo renombre y poderío. Francia se hallaba salvada, pero nada más, pues no había recuperado su pérdida gloria, y aún corría en el Var algunos riesgos.

CAPÍTULO XIX

Regreso de Bonaparte. — Su desembarco en Frejus. — Entusiasmo que inspira su presencia. — Conmoción de todos los partidos á su llegada. — Únese con Sieyes para derribar la Constitución directorial. — Preparativos y jornada del 18 brumario. — Destrucción de la Constitución del año III. — Institución del consulado provisional. — Fin de esta historia.

Las noticias de la batalla de Zurich y de la capitulación de los anglo-rusos se sucedieron una á otra casi inmediatamente, tranquilizándose con esto los ánimos sobresaltados. Como era la primera vez que se batía, y tan completamente, á aquellos rusos tan aborrecidos, la satisfacción debía ser muy grande; pero Italia estaba siempre perdida, amenazado el Var y en peligro la frontera del Mediodía. No recobrábamos las glorias de Campo-Formio, y por lo demás, donde existían mayores peligros era en el interior. Un gobierno desorganizado, unos partidos díscolos, que ni querían sufrir autoridad, ni eran sobrado fuertes para apoderarse de ella; una especie de disolución social, y los robos, prueba de esa misma disolución, que infestaban los caminos, especialmente en las provincias assoladas antes por la guerra civil; tal era la situación de la república. Proporcionando algunos meses de desahogo la victoria de Zurich, se necesitaba en la actualidad, no tanto de un defensor, como de un caudillo que se apoderase de las riendas del gobierno. La generalidad de la población ansiaba á toda costa la tranquilidad, el orden, el fin de las contiendas y la unión de las voluntades, pues temía á los jacobinos, á los emigrados, á los chuanes y á todos los partidos. Bella ocasión de hacer maravillosa fortuna se presentaba al que calmase todas estas zozobras.

Extraordinario efecto produjeron los partes en que se referían la expedición de Siria y las batallas del monte Tabor y de Abukir, confirmándose la idea de que el héroe de Castiglione y Rívoli saldría vencedor de cuantas empresas acometiese. Su nombre volvía á resonar por todas partes, y por todas se preguntaba de nuevo: ¿qué hace? ¿cuándo viene? ¡Ojalá viniese!, decían... El rumor de que había llegado cundió dos ó tres veces por singular instinto. Sus hermanos le habían escrito y también su esposa, pero no se sabía si habría recibido las cartas. Ya hemos visto, en efecto, que no habían podido atravesar por los cruceros ingleses.

Entretanto, aquel hombre, que era el blanco de tan vivos deseos, surcaba tranquilamente los mares en medio de las escuadras inglesas. La travesía no era muy feliz, pues la prolongaban los vientos contrarios, habiendo avistado varias veces á los ingleses y temiendo caer en sus manos. El solo, paseándose con ademán firme y sereno por el puente de su navío, se resignaba á su estrellada, y se acostumbraba á creer en ella, no inquietándose por peligros inevitables. Leía la Biblia y el Alcorán, obras de los pueblos que acababa de dejar, y receloso, según los últimos sucesos, de que se hallase

invadido el Mediodía de Francia, mandó dirigir el rumbo, no á las costas de Provenza, sino á las del Langüedoc. Quería desembarcar en Colibre ó Port-Vendres, pero le llevó un viento hacia Córcega, en donde salieron todos los habitantes á recibir á su célebre compatriota.

En seguida hicieron vela hacia Tolón, y ya iban á llegar, cuando de repente, al transponerse el sol, vieron en el costado izquierdo del navío treinta velas enemigas, iluminadas por los rayos del sol en el ocaso. Proponíanse echar un bote al agua para arribar furtivamente á tierra, pero resignándose siempre á su destino, Bonaparte dijo que convenía esperar. En efecto, desapareció el enemigo, y el 17 vendimiario, año VIII (8 octubre de 1799), al amanecer fondearon en la bahía de Frejus las fragatas el *Muirón* y la *Carrere* y los jabeques la *Revancha* y la *Fortuna*.

Tres años sucesivos habían estado temiendo los habitantes de Provenza la invasión del enemigo, y Bonaparte les libró de este temor en 1796, pero llegaron á concebirle mayor después de la batalla de Novi. Al saber que Bonaparte había anclado en la costa, creyeron que llegaba su salvador, y todos los habitantes de Frejus acudieron al punto, viéndose en un instante el mar cubierto de embarcaciones. La multitud, enajenada de entusiasmo y curiosidad, infringiendo las leyes sanitarias penetró en los navíos, poniéndose en comunicación con los reciénvenidos. Todos preguntaban por Bonaparte y querían verle; y como ya no era tiempo de hacer observar las leyes sanitarias, la junta de sanidad hubo de dispensar al general de la cuarentena, porque habría sido necesario someter á ella á toda la población, que se había comunicado con los tripulantes. Bonaparte bajó en seguida á tierra, y quiso subir aquel mismo día en el carruaje para trasladarse á París.

El telégrafo, tan rápido como el viento, había ya esparcido por el camino de Frejus á París la noticia del desembarco de Bonaparte. Al momento se manifestó el más completo regocijo, y anunciada la noticia en todos los teatros, produjo extraordinario entusiasmo, reemplazando los himnos patrióticos á las representaciones teatrales. El diputado Baudin de las Ardenas, uno de los autores de la Constitución del año III, republicano juicioso y sincero, pero ciegamente apasionado por la república, creyéndola perdida si no la sostenía un brazo poderoso, expiró de alegría al saber este acontecimiento.

Bonaparte había salido el mismo día 15 vendimiario (9 de octubre) para París, pasando por Aix, Aviñón, Valence y Lyon, en cuyas ciudades el entusiasmo rayó